



La esperanza
tiene rostro
de *mu***ju***er*



Por:

Paula Andrea Valencia Londoño

Doctora en Gestión de paz y conflicto

Andres Alexander Puerta Molina

Doctor en Lenguajes y manifestaciones artísticas y literarias



Después de 20 días hospitalizada, Josefa Henao quería regresar a su casa para abrazar a sus hijos. Cuando llegó, la niña menor, de ocho años, salió corriendo, se escondió en una habitación y la miraba desde una ventana. Cuando quiso abrazarla, la niña comenzó a llorar y le dijo que no la tocara, tenía miedo. Josefa estaba quemada en la cara, el cuello, los brazos y el pecho después de la explosión de un artefacto que la guerrilla había puesto en el campo.

Josefa, además, tenía siete meses de embarazo, por lo que tuvo cuidados especiales y debía ir cada semana a Medellín para que le limpiaran las heridas. Estaba triste por la reacción de su hija y también pensaba que ya no le gustaría más a su esposo. Únicamente logró consuelo cuando llegó a una fundación para víctimas de minas antipersonal; allí descubrió las historias de otras mujeres y hombres que, en su criterio, estaban peor que ella, les faltaba algún miembro de su cuerpo. Hoy en día hasta ha dado talleres de prevención de minas y le gusta que los niños le digan profesora.

Colombia es el único país de América Latina que todavía utiliza minas antipersonal como armas de guerra, y es el tercer país con más víctimas en el mundo, después de Afganistán y Camboya. Entre 1990 y 2015 se han presentado más de 11 mil víctimas, una cifra suficiente para llenar siete veces el Teatro Metropolitano, el más grande del país.

María del Rosario Giraldo no es una víctima directa, pero su corazón se estremece cada vez que recuerda el estallido. Era desplazada de una vereda en el municipio de Granada, al oriente de Antioquia. Un día tuvo que irse con lo poco que pudo cargar; en 10 buses de escalera se marcharon todos los habitantes y llegaron a la cabecera municipal de Granada. Durmieron en un coliseo con unos colchones prestados; unos días después les permitieron regresar; lo que no sabía era que el regreso sería el comienzo de su tragedia.





Su hijo era muy trabajador y curioso. Madrugó para ir a la finca en la que trabajaba, llevó el desayuno caliente. En el camino se encontró con unos amigos que le dijeron que habían encontrado una cosita muy bonita, no pudo resistirse, era un objeto metálico de colores. Doña Rosario escuchó la explosión, pero nunca se imaginó el desenlace. Al rato llegó una niña y le dijo que su hijo se había matado. Salió corriendo y empezó a llorar, no la dejaron llegar hasta el sitio. Desde lejos alcanzó a ver a su hijo entre dos piedras, de costado, con el estómago lleno de sangre. Al recordar, cierra los ojos, toma aire, por un momento no puede continuar, hasta que dice que uno tiene que aceptarlo todo como vengá. Eso lo entendió después de escuchar la historia de otras mujeres que también estaban en una asociación para víctimas de minas antipersonal; antes hasta había pensado en acabar con su vida. Ahora, por lo menos, se siente menos sola y entendida por gente que ha pasado por lo mismo que ella.

El oriente antioqueño es una de las zonas más afectadas por el conflicto armado en Colombia; cuenta con 23 municipios y unos 500 mil habitantes, casi la misma población de un país como Luxemburgo. Es una zona dedicada a la agricultura en pequeña escala, la explotación forestal, la extracción de már-

moles y piedra caliza. Dentro de la economía también ha sido importante el comercio a lo largo de la autopista Medellín-Bogotá. Eso sí, durante los últimos años de la década de los 90 y los primeros años del siglo XXI, el impacto del conflicto armado llevó al cierre de restaurantes, depósitos, hoteles y otros negocios. En la actualidad, muchos se han recuperado. También han sido importantes las grandes obras de infraestructura, como los complejos hidroeléctricos y el Aeropuerto Internacional José María Córdoba. Su importancia y ubicación estratégica han generado intereses de diferentes grupos armados y el desplazamiento de grandes grupos de población.

Los grupos guerrilleros comenzaron a hacer presencia en el oriente con el ELN, a través de los frentes Carlos Alirio Buitrago, Bernardo López Arroyave y Ramón Emilio Arcila. Las FARC llegaron después con el 9.º frente y el frente 47, y terminaron ocupando territorios controlados antes por el ELN; los dos grupos realizaron tomas armadas en los pueblos, atacaron la infraestructura de interconexión eléctrica, hicieron retenes ilegales en la autopista Medellín-Bogotá de los que surgieron diversos secuestros con fines extorsivos. También instalaron gran cantidad de minas antipersonas; la idea era atacar de forma silenciosa a sus enemigos y atemorizar a las poblaciones. En Colombia, 31 de los 32 departamentos han sido afectados por minas antipersonas. Antioquia es el que mayor número de víctimas tiene, con unas 2500, la cantidad de personas necesaria para llenar unas doce salas de cine.

Luz Dary Zuluaga estaba en Medellín y llevaba ocho días sin ver al papá de sus hijos. Cuando llegó a San Francisco, oriente de Antioquia, una vecina le preguntó si era cierto lo que le había pasado a su esposo, quien, según le dijo, el día anterior se había parado en una mina. Luz Dary se mostró aliviada, ese mismo día había hablado con él, era imposible, un conductor escuchó la conversación y le dijo que era cierto, que su esposo estaba hospitalizado.

Esa mañana, él estaba trabajando en un potrero, buscaba un ternero que se le había perdido, se enredó en un bejuco, sacó el machete y lo cortó. En ese momento sintió una nube de piedras y tierra, se vio en el piso, con la ropa destruida, sangraba por un oído, no podía ver. Le tocó arrastrarse, dejar el ganado. Lo acompañaba un muchacho, pero al momento de





la explosión salió corriendo. Tuvo que ir solo hasta el hospital. Allá le curaron las heridas en el pie, el oído y los ojos.

Para Luz Dary fue un proceso muy duro porque, en medio de su dolor, el esposo la hacía sentir culpable y ella creía que, efectivamente, tenía responsabilidad. Tuvo que bañarlo, darle los medicamentos, él estaba impaciente, no quería hablar para no preocuparlos; pero a ellos les dolía mucho más el silencio. Empezó a entenderlo mejor cuando ingresó a una asociación de víctimas en donde pudo conocer otras historias y, muy importante, saber la ruta que debía seguir, y que ya otros habían recorrido ese camino.

Todas estas historias están recogidas en la investigación *Contribuir a la reconstrucción de las memorias locales de mujeres víctimas directas e indirectas de accidentes por minas antipersonal (MAP), municiones sin explotar (MUSE) y artefactos explosivos improvisados (AEI), pertenecientes a las organizaciones de*

víctimas de MAP, MUSE y AEI en los municipios de Cocorná, San Francisco, San Luis, Oriente Antioqueño.

Se puede abreviar como: reconstrucción de memorias de mujeres víctimas por MAP pertenecientes a las organizaciones de víctimas en los municipios de Cocorná, San Francisco, San Luis, Oriente Antioqueño, realizado por el grupo Conflicto y Paz de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín. El propósito construir memoria histórica con las víctimas, documentar las acciones de paz realizadas por mujeres víctimas del conflicto armado, hacer rehabilitación y reparación simbólica. Dentro de la investigación se encontraron una serie de trabajos asumidos por mujeres que se han encargado de recuperar a sus familias, acompañarlas, hacerse cargo económica y anímicamente, devolverles las ganas de vivir y demostrar que la esperanza tiene rostro de mujer.

